

# EL ANÁLISIS POLÍTICO DE DISCURSO COMO POSIBILIDAD DE INTELECCIÓN EN LA CONSTRUCCIÓN DE NARRATIVAS HISTORIOGRÁFICAS IMPLICADAS EN LO EDUCATIVO

**MARÍA DEL ROSARIO MARÍÑEZ**  
UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA TIJUANA

**TEMÁTICA GENERAL:** HISTORIA E HISTORIOGRAFÍA DE LA EDUCACIÓN

## RESUMEN

El presente trabajo tiene como objetivo revisar la relación del análisis político de discurso con el giro lingüístico y su pertinencia en la construcción de narrativas historiográficas. Se hace una revisión de los representantes del giro lingüístico que han influido tanto en el análisis político de discurso como en la historiografía. Asimismo, se busca identificar lazos de diferenciación epistemológica del análisis político de discurso con otras formas de concebir el quehacer historiográfico como la historia crítica y la historia contrapelo.

**Palabras clave:** Análisis político de discurso, giro lingüístico, historiografía contemporánea.

## INTRODUCCIÓN

En la década de 1990, en la Universidad de Essex, Inglaterra, bajo la dirección de Ernesto Laclau, se llevaron a cabo investigaciones doctorales en las cuales se despliegan categorías y lógicas de intelección inscritas en el análisis político de discurso (en adelante APD), con las que se construyeron narrativas historiográficas sobre regímenes políticos y construcciones de identidades sociales que tuvieron lugar en Argentina, Venezuela y México en el siglo veinte; o, el relativo al fascismo y neosocialismo en Francia.

Posteriormente, en México, bajo la dirección de Rosa Nidia Buenfil Burgos, teniendo en cuenta marcos interpretativos a través de dispositivos del APD, se han realizado investigaciones para narrar desde el presente hechos del pasado, como la referida a la instauración de la política educativa de la Unidad Nacional del régimen de Manuel Ávila Camacho y en ese contexto la emergencia del liderazgo social del magisterio en Baja California (Maríñez, 2011). Y también, la relativa a la participación de las

mujeres en los movimientos estudiantiles de las décadas de los años sesenta y setenta del siglo pasado desde una perspectiva de género y de recuperación de la memoria (García, 2014).

Con lo anterior, identificamos la productividad del APD para abonar interdisciplinariamente a la investigación educativa desde posicionamientos epistemológicos, conceptos y métodos, por ejemplo, de la historiografía, ciencia política, estudios de género, estudios culturales, filosofía política, sociología, semiología, comunicación, educación, *inter alia*. Ante este amplio abanico de posibilidades disciplinarias, ¿por qué adscribirse al APD a fin de construir conocimiento y erosionar, en este caso, una tradición moderna de la historiografía?

Entendemos por APD lo que plantea Buenfil, esto es que, se trata “no de un método ni de una teoría, sino (...) una analítica, una forma de hacer investigación que involucra diversas aportaciones teóricas, posicionamientos ontológicos y epistémicos, lógicas de razonamiento específicas y técnicas de investigación, dispositivos analíticos e interpretativos” (Buenfil, 2007: 18). Y que, el APD, “es dependiente del contexto en tanto que siempre se inserta en diversas superficies discursivas (...)” y, además “es histórico, no en el sentido de un intento de escribir una historia general, sino en el sentido de que se lanza dentro de la historia, concebida como una temporalidad indomeñable de sucesos” (Torfing, 1998: 32-33).

Asimismo, “es no-objetivo en tanto que no proclama el descubrimiento de una sola verdad universal, derramando luz donde antes había una atroz oscuridad, sino más bien aspira a develar una cantidad de verdades estrictamente locales, cuestionando los horizontes ideológicos totalizadores que niegan el carácter constitutivo de la negatividad” (Torfing, 1998: 32-33).

A lo anterior se añade las características de hibridez y eclecticismo de APD, por lo que Buenfil (2007) propone una “vigilancia epistemológica autoexigida”, lo cual conlleva una ética del sujeto-investigador que hace necesario, por una parte, visibilizar desde qué lugar enuncia el posicionamiento epistemológico y, por otra, desarrollar una problematización sobre los referentes conceptuales utilizados, a fin de evitar la incompatibilidad teórica. Esto es posible mediante la:

Crítica a las diversas versiones del esencialismo (racionalista, empiricista, economicista, o de cualquier índole). Lo anterior tiene implicaciones cruciales en la formulación de preguntas de investigación, delimitación del referente empírico y elección del referente teórico (...) en la construcción del objeto de estudio, la

selección del corpus, de las técnicas de análisis y los principios de interpretación (Buenfil, 2007: 18-19).

De allí que tengamos como propósito mostrar estudios en el campo las investigaciones educativas adscritas a la historiografía, que se han desarrollado mediante la metodología enmarcada en el APD:

## DESARROLLO

En la revisión sobre abordajes metodológicos que desde el APD han abonado en la construcción de un objeto de estudio del campo de la historiografía de la educación en México, se encuentra la investigación de Buenfil (1990), en la cual se erosiona el tradicional debate sobre la educación socialista del régimen cardenista (Quintanilla, 1996) y revela cómo éste era significado por los miembros del régimen y los sectores de la jerarquía de la Iglesia católica, empresarios y padres de familia conservadores. Ese trabajo se inscribe en perspectivas antiesencialistas que recuperan narrativas históricas respecto de la diversidad de sentidos sobre los regímenes posrevolucionarios. Se trata de una contribución que rompe, desestabiliza, el debate maniqueo sobre si esa política educativa era o no “verdaderamente socialista”.

Desde esa misma perspectiva, en la investigación de Maríñez (2011) se encuentran huellas del posicionamiento onto-epistemológico enmarcado en el APD de manera conjunta a la utilización de métodos de la historia en el proceso de indagación (trabajo de archivo y recuperación de testimonios), construcción e interpretación de los elementos contextuales (contingentes) y necesarios que interpellaron a los maestros a fin de que éstos se identificaran como líderes sociales y morales. Entre estos elementos están los cambios que ocurrieron con la “rectificación” de la política educativa del cardenismo (Buenfil, 1990) al hegemonizar, es decir, convencer e imponer la política educativa de la Unidad Nacional en las circunstancias políticas, económicas, sociales y demográficas del Territorio Norte de la Baja California (TNBC). Asimismo, se hace una interpretación sobre la historicidad y el proceso de instauración hegemónica de un significado de nacionalismo en los gobiernos autodenominados “posrevolucionarios” en esa misma década.

En lo teórico, este trabajo recupera la perspectiva del APD como un marco de inteligibilidad del proceso historiográfico, mediante un posicionamiento de orden epistemológico, y la utilización de

un conjunto de herramientas conceptuales que proceden de una variedad de campos disciplinares, como: discurso (configuración discursiva); hegemonía (articulación y antagonismo), identidad, identificación, constitución de sujetos, interpelación, sobredeterminación (Buenfil, 2004: 255-301). Así también se trabaja con la noción de mito cercana a explicaciones provenientes de la lingüística, la antropología, el psicoanálisis, la filosofía de la cultura, entre otras; y la noción de liderazgo retomada de la propuesta teórica sobre populismo de Laclau (2005).

Ese trabajo se asume de carácter historiográfico en la medida que es una averiguación de acciones humanas ocurridas en el pasado, mediante la revisión de una serie de obras historiográficas y otro, la construcción de una narrativa que interpreta cómo se constituyó el liderazgo social y moral de los profesores durante la década de 1940 en el TNBC.

Por otra parte, en lo que podemos considerar como historia de los movimientos sociales de la segunda mitad del siglo XX, se encuentra la investigación doctoral de García (2014) realizada desde una perspectiva historiográfica posmoderna que la autora postula de la siguiente manera:

(...) problematizando los principios en que se basa la historia de los movimientos estudiantiles, cuestionando sus modelos teleológicos y totalizadores e insertando un modelo alternativo de análisis a través de los estudios de género y del análisis político de discurso enfatizando el condicionamiento histórico y cultural de sus autores (...) (García, 2014:28).

De esa manera, García (2014) se apoya en un concepto de historia ubicado en el debate de la posmodernidad y el posestructuralismo, que consiste en problematizar y cuestionar sus supuestos sobre el condicionamiento histórico y cultural, asimismo, critica y desarticula la noción de progreso, y los modelos historicistas, teleológicos y totalizadores en torno a un solo sujeto, blanco, masculino y racional, que dejan en la exclusión ontológica a las mujeres y otras “razas” (García, 2014: 29).

Además, en la construcción de esta historia crítica y cuestionadora, García también retoma las propuestas epistemológicas de Michel Foucault para desestabilizar la historia tradicional. De Jacques Derrida recupera la necesidad de la deconstrucción que todo proceso histórico conlleva; y de Ernesto Laclau, rescata la idea de la mutación en el pensamiento y la cultura vinculada a un nuevo estatus discursivo, y quien a su vez, desde Wittgenstein postula la idea de los juegos del lenguaje que

tienen lugar en la emergencia en todo discurso (García, 2014: 30); y de acuerdo con Buenfil (1994, 2004) ratifica la desmistificación de la esencia en la historia (García, 2014: 39-40).

Por lo anterior, si mediante el manejo de herramientas conceptuales y el despliegue de lógicas de intelección enmarcadas en el APD es posible desestabilizar los supuestos epistémicos del quehacer historiográfico tradicional de la modernidad, podemos plantear que existe un lazo articulador entre esta analítica y la historia contemporánea inscrita en el giro lingüístico.

La emergencia del “giro lingüístico” como concepto epistemológico se encuentra en la filosofía pragmática representada por Richard Rorty, en particular en sus obras: *The linguistic turn. Recent essays in philosophical method* (1967); y *Philosophy and the Mirror of Nature* (1979). Este filósofo retoma el pensamiento de Nietzsche de mediados del siglo XIX, y llega a abarcar una serie de propuestas filosóficas provenientes de la lingüística de Saussure, y del segundo Wittgenstein sobre los juegos del lenguaje.

Las condiciones de posibilidad del surgimiento del “giro lingüístico” para horadar los principios epistemológicos de la Razón Ilustrada, entre ellos los cánones de verdad, objetividad y la factibilidad de acceder de manera directa a la realidad para la construcción del conocimiento, se fueron gestando desde mediados del siglo XIX y continuaron en la segunda mitad del siglo XX, cuando pensadores de Occidente, desde diversas corrientes filosóficas, como el postestructuralismo hicieron aportaciones que impactaron no sólo a las humanidades, sino también a las ciencias sociales.

En el caso de la desestabilización de la historiografía tradicional, el giro lingüístico impactó la historia intelectual, campo en donde confluyen disciplinas como la historia de la filosofía, de las ideas, de las mentalidades, de la cultura, la lingüística, la crítica literaria, la sociología, la antropología cultural, la estética, la ética, entre otras (Zárate, 2015). De acuerdo con Frank López (2011), son Nietzsche, Heidegger, Wittgenstein, Austin, Derrida y Habermas, quienes han tenido influencia en la historiografía representada por Reinhart Koselleck, Hans-Georg Gadamer y Jean Franco Lyotard.

Aun cuando, desde los desarrollos teóricos postmarxistas de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe (1987), quienes realizan una crítica radical de los esencialismos propagadas por el Iluminismo filosófico del siglo XVIII, no hay un impacto directo en el quehacer disciplinario de la historiografía; sin embargo, esto sí ocurrirá en la recuperación que Buenfil Burgos (1998) —en cuyo trabajo es importante la influencia de este pensamiento de ambos autores— cuando respalda su trabajo de investigación, de 1990 y publicado en 1994, en tradiciones intelectuales como las de Nietzsche y

Foucault, Wittgenstein y Rorty, Derrida, Castoriadis y Lacan, Gramsci, Laclau y Mouffe, y de Benveniste y Perelman (Buenfil, 1998: 4-5).

El trabajo historiográfico realizado desde el marco epistemológico representado por el APD, surge primordialmente en la década de 1990 en México, y tiene influencia en el trabajo de investigación educativa en la segunda década del siglo XXI. En ese mismo lapso, en México se han venido haciendo reflexiones que permiten identificar un escenario en el que se manifiestan diversas propuestas acerca de la especificidad contemporánea de este campo, lo que revela que existen distintas formas de entender su objeto de estudio y sus posibles usos.

De antemano podemos señalar que en ese escenario predomina el pensamiento de la Modernidad y desde el cual se hace una denostación de aquéllas, que por su centralidad en la narrativa son etiquetadas como “posmodernas”. En este sentido, recuperamos aquí la clasificación que hace Enrique Florescano (2003) de las corrientes de investigación historiográfica en la actualidad en México.

Florescano identifica varias corrientes de investigación historiográfica: la positivista, de la cual expresa que sigue extrayendo de los archivos montañas de datos que finalmente no mejoran la comprensión del pasado. Otra, que califica como “desencantada” porque: “niega la posibilidad de encontrarle un sentido al acontecer humano, proclama el fracaso de los ‘determinismos’ y de la historia económica y social en ‘producir una explicación coherente del cambio histórico’”, y en vez de eso, esa corriente propone realizar una investigación guiada por la curiosidad, sin metodología y explicaciones, sólo con base en la narrativa y con la intención de “revivir” literaria y emotivamente el pasado. Otra más, es la del marxismo, cuyos representantes contemporáneos siguen persistiendo en desentrañar el porqué del cambio social y mantienen en el horizonte el problema de la transición de un sistema económico o de un modo de producción a otro (Florescano, 2003: 34-36).

Por otra parte, Florescano (2003) menciona la corriente historiográfica representada por la investigación de carácter académico que tiene como propósito elaborar la tesis para optar por el título de historiador. De ella dice que fija los patrones que miden la excelencia en los estudios históricos, y que carece de políticas de investigación explícitas, y progresa por las aportaciones de cada nueva obra, “y por los desafíos que estos desarrollos plantean a los historiadores que quieren acceder a las posiciones académicas más prestigiosas” (Florescano, 2003: 34-35).

Otras reflexiones han sido hechas por Aguirre (2004, 2002) y Gilly (2006, 1995) quienes, sin apartarse de la perspectiva marxista ortodoxa proponen la necesidad de hacer una “historia crítica”, y ello implica elaborar “una buena historia crítica, científica, global y dialéctica” que lleve a “repensar la historia, el quehacer histórico y la historiografía de otro modo que el hasta hoy dominante en los círculos académicos y de formación” (Aguirre, 2004, 2002, 1996).

Podemos observar que esta historia crítica contraviene a la historia positivista y a la oficial porque éstas han ignorado a los indígenas, mujeres, campesinos, obreros, masas populares, y se han centrado en presidentes, políticos conocidos, y en las pugnas de los grupos de élite (Aguirre, 2002: 13).

También, Aguirre señala que la historia académica ha omitido las realidades económicas, sociales, culturales y civilizatorias; y que es “terriblemente empirista y hasta antiteórica” (Aguirre, 2002: 25). Además, hace una crítica a los historiadores positivistas porque sólo se aferran a la dimensión erudita del trabajo del historiador y a contar “los hechos tal y como han acontecido”; y, expresa objeciones hacia los historiadores posmodernos porque considera que no siguen un proceso riguroso de investigación en aras de un resultado “discursivo” (Aguirre, 2002: 107).

Sin especificar y generalizando, Aguirre dice que “ciertos historiadores de nuestro país han pasado, sin mediación alguna y en un salto verdaderamente mortal, desde el positivismo puro y duro hasta la defensa y promoción de los trabajos postmodernos de Hayden White, Michel de Certeau o Paul Veyne, entre otros” (Aguirre, 2002: 107).

De esa manera, en el proceso de exclusión sobre lo que este autor denomina una mala historiografía, Aguirre considera que una “buena historia crítica” sólo es posible hacerla retomando a autores como Carlos Marx, Fernand Braudel, Marc Bloch, Walter Benjamin, Immanuel Wallerstein y Carlo Ginzburg, entre otros, lo cual propone sin problematizar el aspecto onto-epistemológico o nociones de índole esencialista y teleológicas, sino sólo centrándose en el problema del sujeto de la historia concebido de manera a priori: cambiar los grupos de élite por los grupos sociales considerados como subalternos, y continuando con perspectivas que recuperan visiones esencialistas del siglo XIX. Otra propuesta es la de Gilly (2006), quien recupera la idea de “cepillar a contrapelo el pelaje demasiado brillante de la historia”, a partir de las posiciones ante de autores como Benjamin, Polanyi, Gramsci, Thompson, Guha y Bonfil Batalla (Gilly, 2006), quienes poseen un común denominador: reivindican una historia cuyos actores centrales son los sectores oprimidos por el poder económico y

político. De esa forma, todos estos autores desarrollaron una mirada que no sólo ve la relación entre dominados y dominadores, sino que toman en cuenta las complejas relaciones entre subalternos.

Ante las propuestas de elaborar una historia, ya sea crítica o a contrapelo, es importante considerar lo que Roger Chartier (1996) escribió en el artículo “La historia hoy en día: dudas, desafíos y propuestas” donde revisa en qué consistió la crisis en la historia tradicional, sus métodos, y sus fundamentos epistemológicos, a raíz del debate en torno a la consideración de la historia como narrativa y el surgimiento del giro lingüístico. Sobre estos aspectos los elementos abordados por Chartier abarcan los siguientes puntos:

Por una parte, el que atañe a la crisis de los paradigmas (o metarelatos) que empieza a configurarse en los años sesenta, y llega a su mayor expresión a finales de los ochenta; y que consistió en una pérdida de la capacidad comprensiva del marxismo, el estructuralismo y los métodos cuantitativos para seguir sosteniendo un pasado inmóvil y determinable, lo cual desestabilizó los principios de inteligibilidad aceptados, no sólo por los científicos sociales, sino también por los historiadores.

Y, por otra, Chartier, de acuerdo con los planteamientos de Michel de Certeau, Paul Ricoeur y Jacques Rancière, alude a la toma de conciencia por parte de los historiadores de que su discurso es una narración, es decir, que los historiadores son escritores. Sin embargo, tal planteamiento causó una enorme preocupación a quienes consideran a la historia una ciencia social, o como Ginzburg, quien actualmente sostiene un debate para descalificar a los representantes del giro lingüístico o posmodernos (Ginzburg, 2010: 10-15). En este sentido, la crítica de Chartier está dirigida a debatir contra Hayden White, quien ha señalado: “Ha habido una resistencia a considerar las narraciones históricas como lo que manifiestamente son: ficciones verbales cuyos contenidos son tan inventados como descubiertos y cuyas formas tienen más en común con sus ‘parejas’ en la literatura que con aquellas en la ciencia” (citado por Chartier, 1996: 31).

Para Chartier, si la historia empezó a inscribirse en la categoría de las narraciones, eso no significa una reclasificación disciplinaria, sino una preferencia por ciertas formas de narración en detrimento de otras consideradas clásicas. Por ejemplo, en el caso de los relatos biográficos cruzados por la microhistoria, los primeros no utilizan las mismas figuras o construcciones que los grandes relatos estructurales de la historia global o los relatos estadísticos de la historia serial.



Es interesante cómo en el mismo contexto en que se abrió el debate en torno a la consideración literaria de la historia, los desarrollos historiográficos y la postura epistemológica de Carlo Ginzburg vinieron a abonar a las críticas sobre las pretensiones de un conocimiento sistemático y cuantitativo basado en la abstracción, generalización y definición de leyes, como lo predicaban los paradigmas provenientes del marxismo, la historia serial y cuantitativa.

En el modelo de Ginzburg sale a la luz la subjetividad, y ello abre nuevos temas y problemas para mirar de forma distinta. En este sentido, el paradigma indiciario también se inscribe dentro de las propuestas historiográficas que desestabilizan las representaciones esencialistas y hegemónicas que se asumían como verdaderas y objetivas. Así, el modelo indiciario otorga al análisis histórico la posibilidad de pensar un sujeto que se define en relación con la experiencia de una “realidad” que él mismo construye e interpreta. Esto nos hace ver que el sujeto no es ya cautivo de las estructuras y de leyes inconmensurables, ni un contemplador pasivo, sino un activo constructor de mediaciones.

Es importante mencionar en esta revisión, precaria y fallida al tratarse de una selección de un conjunto más amplio y complejo de propuestas historiográficas, que el paradigma indiciario ha sido considerado por Aguirre (2002) dentro de lo que él llama “historia crítica”; y por Gilly, “historia a contrapelo” (2006). La importancia de la obra historiográfica y la propuesta metodológica de Carlo Ginzburg radica en que cada vez más se reconoce al método indiciario como un paradigma de investigación histórica que fue influenciado por procedimientos de recuperación de información como la recopilación de huellas, rastros o síntomas a la manera que procedía Freud, el escritor Conan Doyle y el crítico de arte Morelli.

Para la nueva historiografía, la narración adquiere un nuevo estatuto de vital importancia, el relativo al campo de la epistemología, en el sentido de que, si el conocimiento del mundo está mediado por el lenguaje, entonces ese conocimiento ya no se presenta como una forma de copiar o representar literalmente una realidad objetiva desligada al sujeto. Lo cual coincide, de alguna manera, con la recuperación de la filosofía representada por el “giro lingüístico” que subyace en los planteamientos onto-epistemológicos que promueve el APD.

## CONCLUSIONES

La revisión anterior permite visualizar a la investigación historiográfica planteada desde el APD en los márgenes de la llamada historia oficial, o de la historia crítica o la historia a contrapelo.

Asimismo, se devela que el quehacer historiográfico también se lleva a cabo con un enfoque interdisciplinario, que pide prestados teoría, métodos y procedimientos de la historia, y se respalda en epistemologías enmarcadas en el giro lingüístico, las cuales erosionan las tradiciones académicas. Y, esta producción historiográfica que ha emergido en la segunda década del siglo XXI, aporta nuevas preguntas y nuevas formas de hacer análisis histórico, en el campo del conocimiento de la investigación educativa.

## REFERENCIAS

- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (1996). *Los Annales y la historiografía francesa. Tradiciones críticas de March Bloch a Michel Foucault*. México: Ediciones Quinto Sol.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2002). *Antimanual del mal historiador, o cómo hacer una buena historia crítica*. México: Ediciones La Vasija.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio (2004). *La historiografía del siglo XX. Historia e historiografía entre 1848 y ¿2025?* España: Montesinos.
- Buenfil, Rosa Nidia (1990). *Politics, Hegemony and Persuasion. Education and The Mexican Revolutionary Discourse during World War II*. Tesis doctoral. University of Essex, Department of Government.
- Buenfil, Rosa Nidia (1994). *Cardenismo. Argumentación y antagonismo en educación*. México: DIE-Cinvestav-Conacyt.
- Buenfil, Rosa Nidia (1996). *Revolución mexicana, mística y educación*. México: Torres Asociados.
- Buenfil, Rosa Nidia (1998). *Análisis político de discurso en la narrativa histórica. Reflexiones metodológicas de investigación*. Ponencia presentada en el Encuentro de historiografía: discursos, géneros y formato. Ciudad de México: UAM-Azcapotzalco, 19 de septiembre.
- Buenfil, Rosa Nidia (2004). *Argumentación y poder: la mística de la revolución mexicana rectificada*. México: Plaza y Valdés.
- Buenfil, Rosa Nidia (2011). *Aproximaciones político discursivas. A modo de introducción*. En Rosa Nidia Buenfil Burgos y Zaira Navarrete Cazales (coords.). *Discursos educativos, identidades y formación profesional. Producciones desde el análisis político de discurso*. México: PAPDI y Plaza Valdés Editores, pp. 11-31.

- Chartier, Roger (1996). La historia hoy en día: dudas, desafíos, propuestas. En Ignacio Olabarri y Francisco Javier Capistegui (coords.). La "nueva" historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad. Madrid: Universidad Complutense, pp. 19-33.
- Florescano, Enrique (2003). La historia y los historiadores. 3ª. ed. México: FCE.
- García Contreras, Mónica (2014). Formación en movimientos estudiantiles: género y memoria de las mujeres activistas de México. Tesis doctoral. DIE-Cinvestav.
- Gilly, Adolfo (1995). Discusión sobre la historia. México: Editorial Taurus.
- Gilly, Adolfo (2006). Historia a contrapelo. Una constelación. México: Editorial Era.
- Ginzburg, Carlo (2010). El hilo y las huellas. Buenos Aires: FCE.
- Laclau, Ernesto (1993). Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Laclau, Ernesto (2005). La razón populista. Buenos Aires: FCE.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (2004). Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia. 2ª ed. Buenos Aires: FCE.
- López, Frank (2011). El giro lingüístico de la filosofía y la historiografía contemporánea. En Revista Mañongo, núm. 37, vol. XIX, julio-diciembre, pp. 189-213.
- Maríñez, María del Rosario (2011). La resignificación de la política educativa de la Unidad Nacional en el Territorio Norte de la Baja California. El liderazgo de los maestros, 1940-1952. Tesis doctoral. DIE-Cinvestav.
- Quintanilla, Susana (1996). Los principios de la reforma educativa socialista: imposición, consenso y negociación. En Revista Mexicana de Investigación Educativa, enero-junio 1996, vol. 1, núm., pp. 137-152.
- Torfin, Jacob (1998). Un repaso al análisis de discurso. En Rosa Nidia Buenfil (coord.). Debates políticos contemporáneos. En los márgenes de la modernidad. México: Seminario de Profundización en Análisis Político de Discurso, Plaza y Valdés Editores, pp. 31-53.
- Zárate Toscano, Verónica (2015). La historia intelectual en México y sus conexiones. En Varia Historia, Belo Horizonte, vol. 31, núm. 56, mai/ago, pp. 401-422.